# SALUDA DEL OBISPO-PRIOR

Estamos celebrando un año especial en nuestra Diócesis en torno a la figura de nuestro paisano de Almodóvar del Campo, San Juan de Ávila, recientemente declarado por el Papa Doctor de la Iglesia.

Como tal, tiene en su doctrina una altura y una profundidad extraordinarias. Pero siempre supo compaginarlas con una manera sencilla y asequible para todo el pueblo. Una cosa parecida ocurre cuando se trata de los actos del culto debido a Dios; además de las formas litúrgicas (sumamente apreciadas por el Maestro), alude a expresiones más populares, que, a veces, como en el caso de las fiestas, se entrecruzan con las expresiones litúrgicas.

Se fija San Juan de Ávila, de manera muy especial, en la Pasión del Señor. De ella destaca la sangre, el rostro del Señor y sus llagas. Y no pasa por alto las romerías, las imágenes, los santuarios, las procesiones. Éstas son para él como un homenaje a Cristo Rey. Así dice de la procesión del Corpus: «Salgamos mañana por esas calles y plazas, protestando con nuestra fe que éste es nuestro Señor, Rey, Redentor, Esperanza y Medianero» (Ser. 35, 277ss). El objetivo principal es que Cristo viva en nosotros: «Reposará el Señor en nosotros de mejor gana que en el sagrario, ni en el relicario, ni andas, porque si allí está y allí va, es por entrar y morar en nosotros» (Ibídem, 995ss).

Personalmente, la imagen que más le atrae al Maestro es la de la Virgen con Jesús en brazos: «Rogad a la Virgen que os dé ojos para saberla mirar. Cuando yo veo una imagen con un Niño en los brazos, pienso que he visto todas las cosas» (Sr. 4, 552ss).

***«Salgamos mañana por esas calles y plazas, protestando con nuestra fe que éste es nuestro Señor, Rey, Redentor, Esperanza y Medianero»***

Pero no se queda ahí. Para él, la devoción debe concretarse en la caridad y en la vida santa. «Advirtamos mucho que somos naturalmente inclinados a estos negocios de fuera y enemigos y descuidados de la virtud interior y por esto los que los hacen y los que los miran no se descuiden en contentarse con ellos a solas, ni paren en ellos, mas tómenlos como motivo y despertador del amor y devoción interior… Y así el que cantare con la boca, cante juntamente y principalmente con el afecto del ánima» (Ser. 35, 922ss).

***Que de la mano del santo Maestro, sepamos acercarnos a las prácticas devocionales y a las imágenes que las encarnan y manifiestan***

Y no conviene olvidar la seria advertencia que nos hace cuando se refiere a las mismas imágenes y a la manera de tratarlas: «Algunas… mueven más a risa y a escarnio que a devoción y reverencia» (Toledo II, n. 63, 875ss).

Que, de la mano del santo Maestro, sepamos acercarnos a las prácticas devocionales y a las imágenes que las encarnan y manifiestan, pero con la intención de conseguir un mayor grado de santidad y un más claro y atrayente testimonio para los que nos contemplen.

Vuestro obispo,

*† Antonio Algora,*
*Obispo prior*

# SALVDA DEL PÁRROCO

El tema de la Fe en la Religiosidad Popular es un asunto que merece la pena ser analizado pormenorizadamente y con detenimiento, porque muchas veces se describen situaciones, acontecimientos, hermandades, grupos y personas, dejándose llevar por juicios y criterios meramente aparentes y externos.

En este Año de la Fe en el que nos encontramos inmersos todos los que formamos la Iglesia de Jesucristo, -ocasión privilegiada para renovar y fortalecer nuestra Fe-, nos decía el Papa algo muy importante al comienzo de la Carta Porta Fidei como preparación a la celebración de este Año: "atravesar esa puerta de la Fe supone emprender un camino que dura toda la vida". Quiere esto decir, que continuamente estamos aprendiendo, que nos encontramos "en un proceso de iniciación", que estamos en camino, peregrinando, para fortalecer cada vez más, ese regalo de la Fe, que Cristo nos ha concedido a cada uno.

Que nadie piense que ya ha llegado a la meta, que nadie se conforme con cumplir determinadas prácticas rituales o sacramentales, o con decir que "tiene más Fe que nadie", o que hace más cosas que los demás en este terreno, porque eso al final conduce a la vanagloria y a la soberbia; y este pecado también se puede dar y se da dentro de la Iglesia, entre los mismos creyentes.

Como dice el Papa, la Fe es un camino, un don, un regalo, una gracia, que el mismo Dios nos concede y que hay que acoger en nuestro corazón con la máxima humildad, para que Dios lo transforme y lo renueve, y así nosotros nos pongamos al servicio de los demás, sin buscar ningún tipo de reconocimiento.

Estamos llamados e invitados cada vez más a depurar, a purificar nuestra Fe, con los criterios que Jesús nos ofrece en el Evangelio; sólo desde el Evangelio se puede esclarecer y purificar nuestra vida cristiana. La vida del creyente se plasma en multitud de facetas y ambientes donde se desenvuelve la vida pública y social, y hay que hacerlo con la máxima coherencia.

Se puede pertenecer a un grupo por multitud de factores y motivaciones, se puede estar en una hermandad por un montón de razones, se "puede subastar o sacar un santo" por no sé qué motivo, se puede salir en una procesión por una determinada promesa.., y así sucesivamente. Lo importante de todo eso será lo que me mueve a hacerlo, la motivación por la que lo hago, y el fin que persigo, es decir, la finalidad que pretendo con la acción que voy a realizar.

Ahora, claro está, lo más errado sería en estos casos, como en todos los demás, enjuiciar desde fuera estas u otras acciones, que sobre todo atañen al terreno espiritual de la vida de las personas, y que aún en el supuesto, que se llevase razón, sería un atrevimiento desmedido, y por supuesto, nada evangélico.

La Fe nos toca el corazón, nos remueve nuestra conciencia, nos interpela en lo más profundo de nosotros mismos, ya que es el mismo Cristo quien nos habla al corazón y espera de cada uno de nosotros una respuesta sincera y generosa. En todo este ambiente y este mundo de la religiosidad popular sucede lo mismo; es un terreno complejo y con sus características peculiares, pero también es una siembra la que se realiza, prometedora y cargada de esperanza, ya que si se pone un empeño leal, al final traerá buenos frutos.

Pues, a las puertas de la celebración del Misterio Pascual de nuestra Fe: la muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, quiero agradecer una vez más, el enorme esfuerzo y trabajo desinteresado, que hacéis todas las Hermandades y Cofradías, para que podamos vivir y celebrar, como se merece, la Semana Santa en nuestro pueblo. Y este año, en particular, agradecer a la Cofradía de Jesús Cautivo y Ntra. Sra. de la Amargura, con su Junta Directiva al frente, el esfuerzo que habéis hecho para sacar a la luz, este programa de Semana Santa, que año a año, se va convirtiendo en el reclamo necesario para todos nuestros paisanos en estas fechas tan destacadas.

Os deseo a todos una Feliz Semana Santa, y como decía el Papa en la homilía de la misa de apertura del año de la Fe: "en esta sociedad secularizada, en el desierto, se necesitan personas de Fe que, con su vida, indiquen el camino hacia la Tierra Prometida".

*Juan Carlos Camacho Jiménez*
*Párroco de Campo de Criptana*

# SALUDA DEL PRESIDENTE DE LA JUNTA GENERAL DE COFRADÍAS

Ya se acerca la primera luna llena de primavera, aquella con la que conmemoramos, la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. El calendario ha querido este año que caiga en la última semana de marzo, por lo que a nosotros los cofrades nos toca correr un poco para tener a punto todos los actos con los que celebrar dicha conmemoración.

**Debemos desempeñar nuestro papel como evangelizadores del mensaje de Jesucristo**

Inmersos en el año de la Fe, resulta para nosotros imprescindible contar con referentes que nos ejemplifiquen la entrega generosa al Padre, y entre ellos destaca la figura de la Virgen María. Aquella dulce y humilde mujer que fue asumiendo paso a paso su papel en este gran misterio como Madre de Dios, desde la Anunciación, pasando por su Dolor, Amargura, Piedad o Soledad, siempre debe perpetuar en nosotros la Esperanza en la Redención, con la que ha llegado a ser Madre de la Iglesia.

Nosotros los cofrades debemos desempeñar nuestro papel como evangelizadores del mensaje de Jesucristo. No solo a través de la organización de las procesiones, catequesis plástica de nuestras creencias; sino durante todo el año, abriendo nuestros corazones, viviendo la fe en Cristo Resucitado, liberándonos así del pesimismo en la muerte, y manteniendo viva nuestra Esperanza en un mundo nuevo, un mundo renovado.

**Nuestra sociedad está atravesando momentos difíciles, en los que la crisis de fe se ha unido a una crisis económica**

Nuestra sociedad está atravesando momentos difíciles, en los que la crisis de fe se ha unido a una crisis económica. Es duro ver como vecinos, amigos o familiares lo están pasando tan mal, y por este motivo es necesario que pongamos también en marcha esa acción por la que nacieron nuestras asociaciones haciendo de la Caridad, una de nuestras premisas. Creo que no es poca la tarea que debemos afrontar, siendo conscientes de todo lo que nos rodea y asumiendo al igual que Maria, nuestro papel en la Iglesia.

Quisiera aprovechar para agradecer a la Junta General de Cofradías, la confianza que ha depositado en mi persona para presidirla, pero quiero dejar claro que sin la unión de las seis hermandades, trabajando codo con codo, sería imposible llevar a cabo nuestra tarea. Es por esto por lo que pido a todos los cofrades que miremos por la Semana Santa, seamos comprensivos ante los errores que podamos cometer, y no juzguemos sin motivos claros las decisiones que al fin y al cabo tomamos entre todos.

Igualmente, hago extensivos mis agradecimientos a la Hermandad de Jesús Cautivo por la elaboración del programa de Semana Santa de este año; a todos los cofrades, músicos y anderos por su esfuerzo para conseguir una buena realización de la semana de Pasión; a nuestros sacerdotes, y en su nombre a nuestro consiliario, D. Juan Carlos Camacho, como guías espirituales en nuestra labor como cristianos; y al Ayuntamiento, y en su nombre a nuestro alcalde, D. Santiago Lucas Torres, por su buena predisposición ante todas nuestras demandas.

Queridos hermanos cofrades, aunemos nuestras fuerzas, llenemos nuestros corazones del Amor de Dios y con nuestra Fe renovada, vivamos plenamente el misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

*José María Alberca Sánchez-Manjavacas*
*Presidente Junta General de Cofradías*

# SALVDA DEL ALCALDE

Es tiempo de Adviento, en concreto es el 12 del 12 de 2012 cuando escribo estas líneas para el Programa de Semana Santa de meses después, lo que prueba por sí solo la organización, la previsión y el buen hacer de una Junta de Cofradías que vela los 365 días del año por conservar, mejorar y difundir este Patrimonio, por divulgar sus valores religiosos y humanos, permaneciendo siempre todos sus miembros dispuestos a ayudar a este pueblo en cuanto se les requiere.

Efectivamente, la Semana Santa es Patrimonio de todos los criptanenses, heredado de nuestros antepasados desde el siglo XVI, dotado una portentosa riqueza tanto en su apartado material como inmaterial, pero no es menos cierto que es responsabilidad de todos su salvaguarda. Por ello, quiero felicitar a las Hermandades, a los hermanos, a todos aquellos que no solo engrandecen su celebración, sino que se vuelcan para mimar, proteger y conservar unos conjuntos escultóricos y enseres que son auténticas obras de arte, y que sobre todo tienen un valor sentimental y emocional para lo que no existe medida alguna.

Este es el quinto año que celebramos la Semana Santa como Fiesta de Interés Turístico Regional, despejándose ya cualquier duda de que pudiera afectar a su esencia, pureza y valores, sino más bien al contrario, porque el título ha servido de estímulo para seguir haciendo las cosas muy bien. Sí que hoy es aún más conocida, que sigue atrayendo a numerosas personas, y ahí seguiremos trabajando en distintas iniciativas para que también pueda repercutir en el desarrollo económico de todo un pueblo.

Asimismo quiero escribir unas palabras en homenaje a Eloy Teno, quien también ha engrandecido el Patrimonio "semanasantero", cuando en marzo se cumplen siete años de la inauguración de su escultura Monumento a la Semana Santa, ubicada en la Plaza del Cristo de Villajos, que es un reconocimiento a todos los que la han hecho grande, así como se erige en punto de unión de todas las Hermandades.

Finalizo reiterando mi agradecimiento y felicitación a todos los que hacen posible la Semana Grande de Campo de Criptana, invitando a todos a participar, a compartir emociones, sentimientos y vivencias en Tierra de Gigantes, donde conmemoramos la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo, una Semana Santa única en el mundo.

*Santiago Lucas-Torres López-Casero*
*Alcalde de Campo de Criptana*

# MARÍA, MODELO DE FE

# MARÍA, MODELO DE FE

Durante este año de la fe, se nos plantea el reto de ser mejores creyentes. Ahora bien, ante este desafío surgen inevitablemente las preguntas: ¿Quién personifica el modelo de creyente para todos los tiempos? ¿A quién podemos tomar como referencia?

Sin lugar a duda, ante estas cuestiones, la respuesta tiene un nombre: María. La madre de Jesús puede ser considerada una verdadera experta en la fe. Ella será siempre la estrella –así la llama San Bernardo- para todo creyente que pretende vivir "en" la fe y "desde" la fe. De ahí que Isabel no dudó en exclamar ante su visita: "Dichosa tú que has creído (…)"

El Concilio Vaticano II nos regaló una gran enseñanza al indicarnos como la Virgen también hizo la peregrinación de la fe, y en ella avanzó y se perfeccionó como creyente. María no es sólo modelo nuestro en la anunciación, sino que continuamente tuvo que enfrentarse al contraste entre la idea que tenía sobre el Mesías y la realidad de cómo se iban desarrollando los acontecimientos. Como judía piadosa, la Virgen conocía muy bien las profecías del Antiguo Testamento respecto al salvador. En muchos momentos se debió preguntar:

- "Si mi Hijo es el enviado divino; aún mejor, es Aquel a quien no me atrevo ni a nombrar, ¿por qué su estancia entre nosotros se desarrolla en el ocultamiento, en la rutina, incluso en la miseria? ¿No podría Dios intervenir manifestando su fuerza?

*María pisó la serpiente que traía el fruto. Es la nueva Eva por la que no ha pasado el pecado.*

El pensar de este modo, no constituye una degradación de la fe de la Virgen, sino que supone la confianza de observar como también atravesó el claroscuro en el que vive cualquier creyente. Dios no le ahorró ninguna de estas pruebas para que se configurase lo más posible con su Hijo y fuera la mejor discípula. María tuvo que aprender a abandonarse y confiar en el Dios de la promesa. Por ello, se ha convertido en nuestra compañera de camino: ¡Qué bien entiende la oscuridad que atravesamos en algunos momentos! ¡Cómo sabe de nuestras luchas y nuestras preguntas a Dios!

*Es frecuente la representación de la Inmaculada con una mano cerca de su garganta, a veces la del niño. Ella no comió del fruto, por ella no pasó el pecado.*

Vamos por tanto, a adentrarnos en el alma de la Señora a través de su diario y de este modo, podremos observar cómo vivió en fe cada una de las aventuras que la voluntad divina le preparaba. Cómo bien nos dice el evangelio, María guardaba todas estas cosas meditándolas en su corazón y de este modo, iba aprendiendo a adquirir la mirada de Dios. Las líneas que sigue constituyen sólo un intento de adentrarnos en el alma de la mejor discípula de todos los tiempos-de la primera creyente- para que sus pensamientos sean guía en nuestro camino de seguidores del Maestro.

*Ángel Moreno Mayoral*

*"Anunciación". Pintura de Isidro Antequera situada en la iglesia parroquial de la Asunción de Ntra. Sra.*

# VNA VISITA INESPERADA

Desde niña me enseñaron que tarde o temprano Yahvé, nuestro Dios, enviaría al Mesías. Según nuestra tradición, este legado divino habría recibido la misión de ser el salvador. Solamente Él nos protegería frente a todos aquellos poderes que constantemente se introducían en nuestro territorio, dejando al pueblo de Israel sin libertad.

Cada año al celebrar la Pascua, los mayores relataban las grandes proezas que el Altísimo hizo con nosotros liberándonos de la esclavitud del Faraón y llevándonos a la tierra prometida. A su vez, nos recordaban cómo la promesa no se había agotado en estos hechos prodigiosos. Dios intervendría liberándonos del poder de los romanos. ¡El Mesías debía venir sin demora!

Nunca pensé que la llegada de este enviado del cielo estuviera tan cerca. Sin embargo, desde hacía algún tiempo la intuición empezaba a sugerirme que Dios se iba a manifestar. La aldea se me dibujaba de colores distintos. Nazaret se revelaba como el lugar elegido por Dios para mostrar su gloria. Mis paisanos, mi familia, los trabajos de la aldea, los abrazos de Ana, mi madre querida, se transformaron para mí en pequeñas señales de Dios.

El día elegido por el Señor de los ejércitos no tardó en manifestarse, ¡bendita sea su memoria por siempre! A eso de las doce de la mañana, una gran luz inundó mi estancia, obligándome a abandonar las labores que realizaba. En un primer momento, me asusté, pero enseguida escuche una voz que me decía "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo". ¡Llena de gracia! ¿Quién se refería a mí con un saludo tan insólito?

Dirigiendo la vista a la ventana, pude distinguir la figura del que debía ser un enviado del cielo. El mensajero divino venía feliz, como si aquella noticia traída de lo alto fuese a cambiar la historia. Mientras yo dudaba de todo aquello, continuó diciendo "No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios, vas a concebir en tu seno y a dar a luz un hijo".

A continuación me indicó cómo este niño sería grande y que se llamaría Hijo del Altísimo y heredaría el trono de David, su Padre, reinando en la casa de Israel por siempre en un reino sin fin. Casi sin palabras, pregunté cómo podría suceder algo así sin conocer varón. El ángel no tardó en responder: el Espíritu me cubriría con su sombra y por ello el niño que tendría que nacer se llamaría Hijo de Dios.

A continuación me regaló una hermosa noticia: Isabel, mi prima, había quedado embarazada a pesar de que siempre la consideramos estéril. Todo era sorprendente, pero, ¿qué podía decir ante aquella explosión de amor de Dios por sus criaturas?

"Fiat", "Hágase", fue la Palabra que se dibujó en mis labios. En aquel momento, no comprendía del todo, pero confié en que Dios siempre beneficia al hombre. Aquel plan divino no era sino la gran bendición para el género humano. Con el corazón rebosante de alegría, exclamé Sí.

La voz del ángel se marcó en mi vientre y la vida fue engendrada de un modo inexplicable. Dios se acurrucó en el seno de una mujer. ¡Realmente nada hay imposible para Dios!

Mi respuesta se fue afianzando a través de otros pequeños síes, muchos de ellos dolorosos. Sin embargo, fueron las manos de Dios las que me sostuvieron. Dios ha ido realizando obras grandes a pesar de mi sencillez.

*"Presentación en el Templo". Pintura de Isidro Antequera situada en la iglesia parroquial de la Asunción de Ntra. Sra.*

# EL ANUNCIO DE MIS PESARES

Aún tiembla mi mano al escribir aquellas palabras que el anciano Simeón me dirigió en Jerusalén, cuando José y yo acudimos a presentar ante los ojos de Dios a nuestro hijo.

Llegados al Templo, se acercaron a nosotros dos ancianos, Ana y Simeón, con fama de profetas, y hablando entre ellos se dijeron: "Haz uso de tu viejo olfato, Simeón, y date cuenta de la pureza de la madre. Está aquí, es él, por fin lo hemos encontrado".

El anciano se acercó a mí llamándome "llena de gracia", algo que me dejó inmóvil, puesto que me había nombrado de la misma forma que lo hizo mi prima Isabel tiempo atrás. Pidiéndome que le mostrara a mi hijo, Simeón exclamó al cielo: "Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto al Salvador, luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel". Y como buey sediento que llega al bebedero, Simeón se arrodilló ante nosotros y, con sus ojos clavados en los míos, me dijo: "Éste está puesto, para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser signo de contradicción, al fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones, ¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!".

Fue la intensidad de esa última frase la que causó en mí una sensación de tristeza, dolor y amargura, augurando un destino marcado por la tragedia. Quizás ese es el papel de las madres: vivir en constante sufrimiento por nuestros hijos, procurando que no les suceda nada malo, y si así les ocurriera, deseando que todos sus padecimientos y desgracias pasasen a nosotras, liberándolos a ellos de tan pesadas cargas.

Con estas últimas palabras quise entender que, como madre, iba a ver a mi hijo sufrir, incluso a sentir los latigazos que recibiría llegado el momento. Pero sin duda, no solo los sentiría en mi piel o en mi corazón, sino también en lo más profundo de mí ser. Tal vez esa angustia que experimentaría a lo largo de mi vida solo sería comparable con el dolor de una espada hiriendo lo más profundo de mi alma. Aquella pena contrastaba con la dulzura y la paz de su mirada en mis brazos. Esa luz de sus ojos me tranquilizaba e incluso podría decir que Jesús me estaba hablando, diciéndome que había venido al mundo para salvarnos, pero también para sufrir por nosotros, algo que por aquel entonces no lograba comprender.

La sombra de esa espada no tardó en reflejarse sobre nosotros. Durante aquellos días el rey Herodes decretó la desgracia para todos los primogénitos de Israel. La persecución se cernía sobre nosotros y pronto tuvimos que tomar una determinación. La mejor opción era Egipto. Allí tuvimos que comenzar una nueva vida lejos de nuestra casa.

*"Huída a Egipto". Pintura de Ángel Morales situada en el retablo de la ermita de la Madre de Dios*

# VIDA OCULTA: EL FRUTO DEL AMOR

Después de todo lo que habíamos pasado, nuestra vuelta a Nazaret se convirtió en un regreso a la normalidad. Esto era lo que más valorábamos, poder vivir por fin como una familia.

José y yo estábamos continuamente pendientes el uno del otro y, ante todo, del niño. Lo primero era el honor debido al Altísimo, y después, la familia, amigos, vecinos, pobres, enfermos… a los que ayudábamos, respetábamos y amábamos como si de nosotros mismos se tratara.

Como padres, intentábamos transmitirle a nuestro hijo prudencia, además de amabilidad, generosidad y humildad hacia los demás. Así se educó y formó como hombre Jesús, creciendo "en sabiduría, en estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres".

Pero detrás de esa aparente normalidad hacia lo exterior, todo era distinto en la intimidad de nuestra casa. Desde muy pronto fuimos conscientes de que, por debajo de las apariencias, Dios estaba trabajando en el espíritu de nuestro hijo, llevándonos hacia un misterio que en muchas ocasiones no llegábamos a entender, pero que teníamos que aceptar, porque esa era la misión para la cual él había nacido. Con el paso del tiempo, he comprendido que Dios le fue preparando en su cometido, ayudándole a que la luz se fuera abriendo paso, poco a poco, e intuyera lo que realmente Él sabía desde el principio, pero que tuvo que ir descubriendo con el paso de los años.

Cuando en nuestra casa, hablábamos del Altísimo, de las Sagradas Escrituras y del amor de Yahvé, mi hijo siempre se refería a Dios como "Padre". De este modo, nos enseñó que lo realmente importante es el Amor, tanto a Dios como al prójimo. Aprendimos que Dios es Amor, y eso, no solo debíamos creerlo en los momentos fáciles, sino también en los difíciles, en los cuales se pone a prueba la fe. Con sus palabras y sobre todo con sus hechos, mi hijo nos enseñó que no hay barreras para el amor, y que el verdadero milagro está en romperlas. Todas estas enseñanzas hicieron que nos convirtiéramos en sus primeros discípulos, mucho antes de que le siguieran tantos otros.

Pero Él como yo sabíamos que su hora no había llegado todavía. Mi hijo aprendió a contenerse y tuvo que descubrir por sí mismo que no basta con saber las cosas, sino que la auténtica sabiduría es saber esperar el momento. Entendió que esa era la causa de la demora que Dios le imponía. El Padre le mandaba que viviese, sin prisas, todo lo que sabía acerca del amor para que lo entendiera realmente, y no sólo como una hermosa teoría que no tuviera nada que ver con su vida. Esa lección no podía aprenderse sólo con la cabeza, tenía que calar y para eso hacía falta tiempo. El tiempo, por tanto, se convirtió en el medio a través del cual Jesús asimiló en su propia carne lo que estaba en su conciencia. Y para mí, esa espera, fue el mayor regalo de Dios, pues hizo que durante mucho tiempo, nuestro hogar fuera la antesala del paraíso.

Así pues, los 30 años de espera en Nazaret, años aparentemente perdidos, fueron la mayor lección que Dios nos daba sobre el verdadero valor de las cosas. Jesús nos demostró que lo esencial no es hacer milagros, ni grandes predicaciones, sino que lo importante es hacerlo todo por amor y desde el amor. Descubrimos lo que significa la paciencia y, de su mano, la humildad. Aprendimos que no basta con decir "Señor, Señor" sino que hay que hacer siempre la voluntad del Padre incluso cuando no se entiende adónde te conduce esta voluntad. Por eso, si más tarde habló con convicción del amor, fue porque durante muchos años vivió amando y amado, y no solo en las cosas grandes, sino también en las pequeñas, en las de cada día, en las que nadie, excepto el Padre ve y valora.

*María Santísima de la Redención*

# EL AMOR SE HIZO PÚBLICO

Después de tantos años en el paraíso sentía que Dios ya había preparado a nuestro hijo, y por tanto, intuí que su momento se acercaba.

La primera vez que Jesús se separo de mi lado, fue para recibir el bautismo, que impartía su primo Juan "el Bautista" en el Jordán, quien llevaba tiempo predicando sobre la inminente llegada del Mesías.

Antes de llegar a él, Juan empezó a gritar: "Éste es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo". Al acercarse Jesús, Juan le dijo: "Yo soy el que necesita ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?" Jesús le respondió: "Déjate hacer ahora; porque conviene que cumplamos toda justicia". Tras ser bautizado, se reveló Dios, y abriéndose los cielos, descendió su Espíritu en forma de paloma, escuchándose una voz: "Éste es mi hijo, el amado, en quién me complazco".

A los pocos días fuimos invitados a una boda en Caná. Mi hijo acudió allí con sus discípulos, los cuales ya se referían a él como Rabí, que significa maestro.

En medio de las celebraciones se terminó el vino, así que me atreví a decirle: "No tienen vino" Jesús me respondió: "¿Quién te mete a ti en esto, mujer?, añadiendo, "todavía no ha llegado mi hora". Yo aún no era consciente de qué "hora" estaba hablando, pero le conocía bien y sabía que no hacía falta más, y me dirigí a los que servían indicándoles que hicieran lo que les pidiese. Entonces Jesús transformó el agua en vino, y de este modo, manifestó su gloria y sus apóstoles creyeron en él.

Así fue como empezó todo, haciéndose realidad mi intuición. Tanto el Padre como yo le estábamos dando la señal de salida. Juan le había indicado que era la hora de predicar, y yo, (que seguía siendo instrumento de Dios), le decía que había llegado la hora de que el amor se hiciera público, incluso con gestos extraordinarios como los milagros.

Tras estos acontecimientos, mi hijo se separó de mi lado; pero antes de partir, me pidió que pasase lo que pasase, no dudara nunca de él ni del amor de Dios, puesto que todo estaba previsto por el Padre y se tenía que cumplir su voluntad. Yo le prometí que rezaría por él y que siempre estaría a su lado, confiando y convencida de que lo que estaba haciendo era lo correcto, y así lo hice, día tras día.

Empezó su vida pública acompañado de sus discípulos, predicando la buena nueva del amor de Dios a los hombres; mostrando que los marginados, los enfermos, los pobres y los arrepentidos de corazón, serían los primeros en el reino de los cielos. Modificó los mandamientos, primando el amor por encima de cualquier otro, primero a Dios y luego al prójimo. Por eso, mi hijo, fue seguido por tantos y perseguido por los más poderosos. Durante todo este tiempo de predicación y de ayuda a los demás obro muchos milagros, pero yo sólo podía rezar y sufrir en la distancia, no solamente por no tenerlo cerca sino por los rumores que llegaban a mí: calumnias, blasfemias e injurias contra su persona.

Así es como descubrí un rostro del ser humano que nunca antes había imaginado, porque una cosa es conocer a los hombres y otra sumergirte en el baño de egoísmo que les rodea. Y es que cuando no se quiere creer, y el corazón está cerrado, ni tan siquiera los milagros sirven de nada. Pero a la vez, fueron años que me enseñaron mucho. Aprendí a amar en el misterio, a amar en la oscuridad. Descubrí que los vínculos no son de sangre, sino que los establece el amor. Empecé a intuir que mi hijo era el propio Dios, de la misma naturaleza del Padre, a la vez que tuve claro que mi misión iba más allá. Yo era su madre, había gestado a Dios en mi vientre con una fe inquebrantable, y ahora debía seguir siendo participe de la obra de Dios, siendo madre Redentora, liberadora de la carga que a mi hijo le estaba tocando llevar. Por eso hice lo que cualquier madre hubiera hecho: pedir a Dios, que tanto sufrimiento se diese en mí, en lugar de mi hijo.

*Nuestra Señora de la Amargura*

# AL PIE DE LA CRUZ

Sólo cuando Jesús se dio cuenta de que el final se acercaba, me mandó llamar a su lado. Así pues, viajé desde Caná a Betania, cerca de Jerusalén. La Pascua se acercaba y me necesitaba, no para recibir más dolor, sino para que fuera su columna, su roca, su refugio y su consuelo. Por eso yo debía estar en pie, entera, fuerte, como un pilar en el que Él se pudiera apoyar.

Una vez allí entendí que la situación era realmente grave y mi hijo me reveló el porqué de su Amargura: "Sí, madre, quiero que lo sepas todo. El próximo jueves por la noche me apresarán los sicarios de los sacerdotes y me entregarán a los romanos para que me maten, así está escrito. Pero quiero que sepas que resucitaré, tienes que estar tranquila, volveré a verte. Quiero que estés aquí, en pie, necesito de ti esa fe". Tras la conversación que mantuvimos se dirigió a la gente que le seguía: "Mañana iremos a Jerusalén. Decid a la hija de Sión: Mira que tu rey viene a ti, humilde y montado en un asno y un pollino, hijo de animal de yugo (Mt 21, 5)".

A partir de ese día no paré de rezar y pedirle a Dios, una y otra vez, que, si era posible, me dejara a mí sufrir por Él. Yo era su madre y ese título nadie me lo podía quitar. Reclamaba alivio para el fruto de mis entrañas aún a costa de que la carga cayera sobre mis hombros.

A la mañana siguiente, primer día de la semana, Jesús marchó a Jerusalén rodeado de gente que cantaba y le aclamaba. Ese fervor popular, escudo ante sus enemigos, le permitió permanecer en Jerusalén durante unos días hasta que volvió a mi lado a darme el último adiós. Salimos a caminar en la intimidad y me dijo: "Madre, pase lo que pase, no dudes ni de mí ni del amor de Dios. Necesito tu fe, tu firmeza y tu esperanza, porque vas a ser mi único apoyo, el único que el Padre ha querido que no me falte." Yo no le dije nada, reprimí mis lágrimas y asentí con el corazón en la garganta. Me dio un largo abrazo y dijo: "¿Qué me pasa, madre, qué me pasa? ¿Por qué siento esta angustia? Si yo ya sabía que todo esto tenía que pasar, ¿por qué ahora mi corazón se revela? Reza por mí, pídele a Dios que abrevie esta hora amarga." Mi hijo era hombre y no una estatua de mármol, y yo debía redimirle de sus terribles luchas internas, incluso de sus dudas.

Así pues, ahí estaba yo, empujando al Cordero de Dios, mi propio hijo, al matadero. Al día siguiente, Jesús y sus discípulos marcharon de regreso a Jerusalén a celebrar la Pascua. Nos quedamos solas mis primas, algunas mujeres que seguían a Jesús y yo. Nos pusimos a rezar, a suplicarle al Todopoderoso que le sostuviera en la lucha entre el bien y el mal para finalmente salir victorioso. En ese instante noté su alma en la mía, un vínculo especial que el Padre nos había otorgado para estar unidos el uno al otro. Por eso, aquella noche sentí su agonía en Getsemaní, la Amargura de su soledad y el miedo mientras lo prendieron y encerraron.

El alba nos sorprendió rezando. Llevábamos horas de rodillas, a veces en silencio y a veces suplicándole al Altísimo, al cual ya casi siempre llamábamos Padre. Aquella dualidad espiritual me permitía estar en comunión con mi Hijo, por eso sentía que en ese momento estaba terriblemente agotado. Y noté con toda claridad que me llamaba: "Madre, ven, acude a mí. Te necesito"

Me levanté y todas me miraban intuyendo que Dios me había comunicado algo. La angustia llenó mi boca de Amargura y mis ojos de lágrimas, y les dije: "Vamos a Jerusalén. Mi hijo me llama".

*Nuestra Señora de los Dolores*

# VÍA DOLOROSA

*"El Encuentro" Óleo sobre lienzo de Fátima Díaz-Ropero Olmedo*

De camino, sentí los treinta y nueve latigazos que flagelaron su cuerpo atado a la columna. Recibí la espantosa mordedura que las espinas producían en su cabeza inocente. Sin ser consciente de que sus heridas se reflejaban en mi carne, caía y me levantaba, para seguir avanzando al encuentro de mi hijo.

Cuando llegamos a Jerusalén, el gobernador Pilatos ya había dictado sentencia. La ciudad era un hervidero de gente. Aturdidas sólo pudimos seguir a la muchedumbre que se dirigía hacia el Gólgota. En ese instante apareció Juan, el apóstol amado, el único que no había huido por el miedo, y me dijo: "No pudimos hacer nada. No deberías verlo, no parece él".

No obstante yo necesitaba verlo. Conseguimos colocarnos en un rincón entre la salida de la ciudad y el monte. Cada vez lo notaba más cerca de mí. Alcé los ojos al cielo y le pedí al Padre que me diera fuerza para llegar hasta el final sin desfallecer. Al bajar la mirada, ahí estaba Él, cargado con aquella cruz. Sus ojos se clavaron en mí y gritó: "¡Madre!". El corazón se me desgarró como si hubiera sentido una puñalada y le grité; "¡Hijo!". La comitiva paró unos segundos y corrí hacía Él para socorrerlo en mi regazo, como tantas veces había hecho en su niñez. Él vio y bebió de mi fe, mientras yo me aferraba al Padre para sostenerme, puesto que aquello era demasiado para una madre. Los soldados nos separaron, y mi hijo siguió su camino hacia el Calvario.

Pronto alcanzamos el monte de la Calavera. Con Dolor, observé cómo le crucificaban y elevaban haciéndose un profundo silencio. Alcé la mirada, y contemplé su sangre emanando de sus dulces manos que tanto había besado. Volví a sentir una espada atravesándome el alma y mi cuerpo desfalleció. Fue sólo un momento en el cuál mi hijo gritó: "¡Eloí, Eloí!, ¿lemá sabactaní?" – ¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?". Yo era su único apoyo, y al caer, ese momento de soledad le llevó a apurar hasta el fondo su sufrimiento. Juan me ayudó a levantarme y mirándonos dijo: "Mujer, ahí tienes a tu hijo; hijo, hay tienes a tu madre". Solamente volvimos a oír su voz en una ocasión más, suplicando a Dios: "Padre, perdónalos, no saben lo que hacen". Si él era capaz de perdonar, yo no podía ser menos, por lo que dije que sí a lo que me estaba pidiendo y acepté que todos los demás hombres, a los que Él llamaba hermanos, fuesen llamados hijos por mi.

Tras esto Jesús, "inclinando la cabeza, expiró". En ese momento se me estremeció el alma. Todos esperan un milagro, sin saber que el verdadero milagro estaba sucediendo en ese momento: mi hijo, el Hijo de Dios, el mismo Dios, daba su vida para el perdón de los pecados de los mismos hombres que le crucificaban. El amor de Dios se hacía presente y nadie era capaz de comprenderlo.

Sentí que todo estaba cumplido. Se acercaba la hora del crepúsculo. Me había alejado unos pasos, cuando noté que no podía marcharme de esa manera. Me di cuenta de que aquel cuerpo que aún yacía en la cruz era el de mi hijo y que no podía irme así, sin despedirme de Él, sin estrecharle por última vez entre mis brazos.

*Nuestra Señora de la Piedad*

# EN MI REGAZO

En aquel lugar, ya solamente quedábamos los soldados, algunos curiosos, Juan y un grupo de mujeres. Inevitablemente me entristecí al recordar la multitud que había seguido y escuchado las palabras de mi hijo mientras que a los pies de la Cruz pocos éramos los que le acompañábamos. Unos por miedo a correr la misma suerte, y otros, por sueños rotos de libertad, que habían desaparecido al ver a Jesús morir. Ante esta situación de abandono, se hacía más visible mi dolor.

Debido a la celebración de la Pascua se decidió bajar los cuerpos sin vida de las cruces. A dicha tarea ayudaron los seguidores de mi hijo, José de Arimatea y Nicodemo. Con mucha dificultad llegué a los pies de la Cruz para recibir el cuerpo de Jesús. ¡Cuánta razón tenía Simeón al anunciarme que mi hijo sufriría y que para mí sería como una espada en mi corazón! Verlo bajar de aquel madero sin vida alguna me dejó inmóvil, y no podía dejar de mirar hacia Él, olvidándome del resto. Pero pronto reaccioné al sostenerlo y ver su cara. Nunca olvidaré la falta de vida en sus ojos cuando descansó en mis brazos. Me abracé a Él; no quería creer que lo que estaba sucediendo era real. Entonces noté que me faltaban las fuerzas. Parecía que toda la energía que Dios me había ido dando se agotaba a lo largo de este calvario.

Pero ante tanto dolor físico, mi mayor problema era la incomprensión del momento. No entendía cómo siendo Hijo de Dios estaba muerto, y además de aquella manera. Humillado y torturado por aquellos a los que había amado. Con mi hijo en mi regazo, como otras tantas veces lo había tenido, me costaba entender que además era humano. Yo misma lo había engendrado, y como hombre también tendría que morir.

A pesar de todo lo que Jesús había intentado trasmitirme sobre su destino, sentía que no iba a poder afrontar con firmeza ese final del Hijo de Dios. Dudaba, aunque sabía que así sería, sobre la forma en que su muerte podría hacer cumplir la misión para la cual había sido enviado. Si no acababa de realizar la voluntad de Dios, ¿qué sentido tenía aquella vida entregada? Mi hijo había dedicado todas sus fuerzas a los demás. Había enseñado a perdonar a los pecadores, había curado a enfermos, había enseñado a amar a los enemigos,...pero si todo aquello se quedaba ahí, en una cruz, su muerte no tendría ningún sentido. Todas estas preguntas me llevaron a experimentar unos instantes el misterio mientras lo sostenía por última vez, observando ese cuerpo. A pesar de todo, sabía realmente que todo debía de ser así y no de otro modo, aunque yo como su madre no dejaba de sufrir.

*María Santísima de la Soledad Angustiada*

# EN MI SOLEDAD

Dicen que ninguna madre debe enterrar a su hijo… Cierto era que resultaba muy difícil ver cómo el que es carne de tu carne, el que ha nacido de tus entrañas, había muerto. Su cuerpo sin vida yacía ya sobre la fría piedra del sepulcro, y ese mismo frío es el que helaba mi corazón, angustiándome, arrancándome poco a poco la vida.

Al mismo tiempo que la piedra iba sellando el sepulcro de mi hijo, la oscuridad se iba cerniendo sobre toda Jerusalén, la cual se preparaba para celebrar la fiesta de la Pascua, sin darse cuenta de que el Cordero ya había sido sacrificado.

Simplemente quería quedarme sola, pues no lograba entender que mi hijo había muerto, a la vez que sentía que no era del todo así. Estando en mi habitación me puse a rezar, le recé a Dios, pero mi tristeza me impedía parar de preguntarle por qué Él ya no estaba conmigo.

Y qué hacía yo sin ti. Tú eras mi hijo, mi padre, mi esposo, mi maestro y toda mi compañía. Te recordaba entrando por la puerta cansado de predicar la Buena Noticia o limpiándote el sudor de tu rostro fatigado. Imágenes de tu infancia intentaban venir a mi mente, sin embargo, éstas eran eclipsadas por las últimas escenas de tu pasión dolorosa. Recordar cuando te caías de pequeño contrastaba con verte caer lleno de sangre y sudor soportando el peso de aquella cruz. Recordarte rodeado de gente acogiendo tu palabra chocaba ahora con toda esa misma muchedumbre enfurecida que te insultaba, humillaba y te abandonaba. Miraba a mi alrededor y veía desierto, oía silencio, sentía pena.

Sabía que lo tenía que entender, sabía que tenía que continuar. Todo esto lo conocía desde el primer momento, pero cómo me costaba aceptar tu voluntad, cómo me costaba. Aunque yo era consciente de lo que le ocurriría a mi hijo, en ningún momento llegué a pensar el sufrimiento que, como madre, debía sobrellevar. Ese dolor solo podía calmarlo con la fe y el amor al Padre que Jesús había afianzado durante su vida. Tenía la certeza de que no estaba sola. Gracias a esta fe, sabía que Dios seguía conmigo a pesar de la marcha de mi hijo.

Con la ayuda de la oración, sentía que Él me estaba tranquilizando, Él me hacía comprender que tenía que esperar y fue entonces cuando aquellas palabras que un día Jesús pronunció acerca de su resurrección, ganaron fuerza en mí. No sabía ni dónde ni cómo sería, pero la Soledad de aquella habitación se convirtió en esperanza de poder volver a verlo. Poco a poco el cansancio se apoderó de mí y caí rendida en un largo sueño mientras la familia de Nicodemo velaba por mí, ya que se había ofrecido a alojarme aquella noche.

*María Santísima de la Esperanza*

# Y AL TERCER DÍA

Esperanza..., Esperanza ante la llegada del Mesías. ¿Acaso no era esa la esperanza del pueblo judío? ¿Acaso no era esa la promesa que un día Dios, por medio de sus profetas, reveló a Israel? Sin embargo, ese Mesías, nacido de mis entrañas, fue crucificado por ese mismo pueblo que esperaba y esperaba tan ansiada venida.

En cambio, una duda asaltaba mi corazón, allí, en aquella habitación el día después de haber muerto Jesús, y era: ¿Dios había enviado a su Hijo a la tierra para que muriera únicamente en la cruz? ¿Los profetas habían hablado tanto de Él como para que todo acabase en un sepulcro sellado por una gran piedra? La respuesta que mi alma y mi fe me dictaban era un contundente no. La razón: yo sabía, como mi hijo había profetizado en numerosas ocasiones, que ese templo sería reconstruido al tercer día. Esa era mi Esperanza.

Las lágrimas de dolor y tristeza habían pasado a convertirse en lágrimas de alegría, de júbilo, de amor, dibujándose una gran sonrisa en mi rostro, porque aquel que había sido muerto y sepultado, resucitó al tercer día, y era allí, en esa misma habitación, donde mi hijo se me apareció para darme tan gran noticia. No necesité palabra alguna para comprender lo que había ocurrido. Lo ví ante mí con las heridas pero muy vivo. Me lancé a abrazarlo, lo hice como cualquier madre habría hecho con su hijo. Pero de pronto caí en la cuenta de que era más que eso.

Mi hijo, el Hijo de Dios, había resucitado para esclarecer cualquier duda sobre su naturaleza divina, para afirmar con rotundidad que Él era el Mesías esperado, aunque con un mensaje y una misión muy distinta a la que esperaban algunos. Jesús no era uno de esos profetas de los que se sirvió Dios para mostrarse al mundo, no era una simple estrella en mitad de la oscuridad que apenas ilumina el camino. No, mi Hijo es el sol cuya luz espanta la oscuridad, cuya verdad espanta el pecado, cuya vida espanta la muerte. Jesús es Dios, y Dios es Jesús.

Tras meditar lo ocurrido, me sobresaltó el gran bullicio que había en la calle. Eran las mujeres que venían del sepulcro con los perfumes y ungüentos que habían preparado. María Magdalena, al verme, se dirigió hacia mí y me dijo que un ángel a la puerta del sepulcro les había anunciado que Jesús había resucitado. La noticia se transmitió rápidamente alegrando a muchos de sus seguidores y dejando la duda en otros.

Mi hijo se presentó a los apóstoles en numerosas ocasiones durante cuarenta días para dar pruebas evidentes de que estaba vivo y para hablarles del Reino de Dios. Y como su Reino no es de este mundo, con el Padre tuvo que ir, ascendió a los cielos y allí se encuentra sentado a su derecha, desde donde nos envió al Espíritu Santo a los cincuenta días de su pasión, como Él nos había dicho antes de subir al cielo: "recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros". Fue en ese preciso momento cuando la misión de Jesús había concluido en la tierra, y era ahora cuando nosotros nos convertíamos en sus "…testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra". Era el momento de ir "…por todo el mundo y proclamar la buena noticia a toda criatura".

*Bibliografía consultada para el bloque: "María, modelo de Fe":*
*-MARTÍN, Santiago: El evangelio secreto de la Virgen María. Planeta: Barcelona, 2012.*

# LA FE

Partimos, en primer lugar, desde el reconocimiento, de que la Fe es una virtud teologal, y que no se puede comprender por sí misma, si no va unida a las otras virtudes teologales, que son la Esperanza y la Caridad. Estas tres virtudes se dan entrelazadas y unidas entre sí.

Pero, teniendo esto en cuenta, vamos ahora a fijarnos más detenidamente en los aspectos o cualidades que tiene la Fe, la primera de las virtudes teologales:

- La Fe es un don, una gracia. Es una virtud sobrenatural infundida por Dios. Cuando San Pedro confiesa que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo, Jesús le dice que esa revelación no le ha venido "de la carne y de la sangre, sino de mi Padre que está en los cielos" (Mt 16, 17).

- La Fe es un acto humano. No es contrario ni a la libertad ni a la inteligencia del hombre depositar la confianza en Dios y adherirse a las verdades que ha revelado. Por ello, depositar esta confianza, es un acto donde interviene la voluntad humana.

- La Fe y la inteligencia. Creemos a causa de la autoridad de Dios mismo que revela y que no puede engañarse ni engañarnos. La Fe es más cierta que todo conocimiento humano porque se funda en la Palabra misma de Dios, que no puede mentir. La gracia de la Fe abre "los ojos del corazón", para que comprendamos con nuestra inteligencia los contenidos de la Revelación.

A pesar de que la Fe esté por encima de la razón, jamás puede haber desacuerdo entre ellas, porque el mismo Dios ha hecho descender en el espíritu humano la luz de la razón.

- La libertad de la Fe. Nadie debe estar obligado contra su voluntad a abrazar la Fe: el acto de la Fe es voluntario por su propia naturaleza. Dios llama a los hombres a servirle en espíritu y en verdad. Por eso dijo Juan Pablo II, que la Verdad no se impone, se propone.

- La necesidad de la Fe. Creer en Jesucristo es necesario para obtener la salvación. Porque sin la Fe, es imposible agradar a Dios. Sin Fe, no hay salvación plena y definitiva.

- La perseverancia en la Fe. La Fe es un don que se puede perder. Para vivir, crecer y perseverar en la Fe, debemos alimentarla con la Palabra de Dios; debe actuar por la Caridad, ser sostenida por la Esperanza y estar enraizada en la Fe de la Iglesia.

- La Fe, comienzo de la vida eterna. La Fe nos hace gustar de antemano el gozo y la luz de la visión beatífica, fin de nuestro caminar aquí abajo. Entonces veremos a Dios "cara a cara", "tal cual es". La Fe es ya el comienzo de la vida eterna.

Con estos aspectos o cualidades, que son el condimento sustancial de la Fe, nuestra vida cristiana se sostiene sobre una base firme y sólida. Esa base, esa roca, es Jesucristo. En Él creemos, en Él esperamos y por Él amamos.

Los católicos no creemos en unas ideas, en una doctrina, en un sistema de pensamiento, creemos en una Persona. Esa Persona es Jesús de Nazaret, que nos ama sin límites y ha dado la vida por nosotros.

*Juan Carlos Camacho Jiménez*
*Párroco de Campo de Criptana*

AÑO DE LA FE 2012 2013

# LA FE EN NVESTRA VIDA CRISTIANA

# LA FE, FUERZA PARA VIVIR

Con el propósito de reflexionar y profundizar en nuestros valores cristianos, el Papa ha promulgado este año dedicado a la Fe. Ojalá la comunidad de cristianos vivamos con gozo el amor que Dios nos tiene, el sentirnos amados por Él para transmitirlo con valentía.

¿Cómo transmitir a los jóvenes la alegría de la Fe cristiana frente a los desafíos culturales actuales? En el contexto cultural actual es muy difícil tener el encuentro con Cristo, vivir la vida cristiana, la vida de Fe. Los jóvenes necesitan acompañamiento. Deben experimentar que se puede vivir la Fe en este tiempo, que es posible vivir hoy como cristianos y encontrar así el bien.

El primer paso es la experiencia. Las primeras comunidades cristianas nacieron de una experiencia común. A partir de Pentecostés se creó entre los cristianos una verdadera comunidad: oraban, celebraban, se sentían hermanos y predicaban la Buena Noticia.

Transmitir la Fe hoy en esta sociedad quebradiza e inestable es un desafío, y el desafío al que nos llama Cristo hoy es mostrar la belleza del cristianismo a quienes lo consideran como un obstáculo para alcanzar la felicidad. La Iglesia deja claro que "la felicidad que buscan las personas, la felicidad que tienen derecho de experimentar" tiene un nombre: Jesús de Nazaret, presente en la Eucaristía.

Él nos habla de lo que Él mismo es, el único que de verdad conoce el camino del hombre hacia Dios, porque es Jesús quien primero lo ha recorrido para que podamos alcanzar la vida auténtica, la que siempre vale la pena vivir. El anuncio de la Fe para que sea eficaz debe comenzar por un corazón que cree, espera, que ama, un corazón que adora a Cristo y cree en la fuerza del Espíritu Santo.

La sociedad hoy sufre una profunda crisis de valores cristianos, por ello se necesitan auténticos maestros que vivan lo que anuncian. Personas abiertas a la Verdad, que sepan acompañar a los jóvenes en su camino de Fe y sepan escuchar y vivir. Personas convencidas, que crean en la capacidad del ser humano de avanzar en el camino hacia la Verdad, personas creyentes capaces de asombro. Benedicto XVI decía a los jóvenes: "Escuchad de verdad las palabras del Señor para que sean en vosotros "espíritu de vida" (Jn. 6,63), raíces que alimenten vuestro ser, pautas de conducta que os asemeja a la persona de Cristo, siendo pobres de espíritu, hambrientos de justicia, misericordiosos, limpios de corazón, amantes de la paz". Esto debemos hacerlo cada día, como se hace con el único Amigo que no defrauda y con el que queremos compartir el camino de la vida. Sabemos que cuando no caminamos al lado de Cristo, que nos guía, nos dispersamos por otras sendas que nos dejan vacío y aparece la frustración.

Hemos sido creados libres, a imagen de Dios para que seamos protagonistas de la búsqueda de la Verdad y del bien, responsables de nuestras acciones, colaboradores creativos en la tarea de cultivar y embellecer la obra de la creación. Los hombres se olvidan de Dios porque con frecuencia se reduce la persona de Jesús a un hombre sabio y se niega la divinidad. Entendiéndolo así, se llega a la conclusión de que tampoco Dios ha venido al encuentro del hombre. Hemos de creer en la Encarnación como el centro del Evangelio. Esto implica una evangelización que es tarea de todos los miembros de la Iglesia en el hacer y el ser de cada día. Quizás la misión que Dios nos pide hoy es anunciar la novedad del Evangelio, comprometernos con confianza, apoyados por la certeza de que la gracia de Dios siempre actúa en el corazón del hombre.

La Fe debe ser propuesta. "Ese Jesús que vosotros crucificasteis, Dios lo ha hecho Señor y Mesías" (Hch 2,36). Es el gozoso anuncio que la Iglesia no deja de repetir desde hace siglos a cada hombre. La gente comprendió que la Resurrección de Jesús era capaz de iluminar la existencia humana.

Los padres son quiénes han de comunicar este alegre anuncio. Todos los padres están llamados a cooperar con Dios en la transmisión de la vida, pero también de dar a conocer a Aquel que es la Vida. La Iglesia os apoya en esta tarea fundamental, pero es en la escuela del hogar donde se aprenden los valores cristianos. Los niños y los jóvenes tienen necesidad de Dios y tienen la

capacidad de percibir su grandeza; saben apreciar el valor de la oración y de las celebraciones. Pero, ¿cómo cultivar después la semilla? La palabra de la Fe corre el riesgo de quedarse muda, si no encuentra una comunidad que la lleve a la práctica, haciéndola viva y atrayente.

Desde siempre la comunidad cristiana ha acompañado la formación ayudando no sólo a comprender con la inteligencia las verdades de Fe, sino también viviendo experiencias de oración, caridad y fraternidad. Para que todo esto sea eficaz y dé fruto es necesario que el conocimiento de Jesucristo crezca y se prolongue más allá de las celebraciones de los sacramentos. Los educadores en la Fe (padres, profesores, sacerdotes y catequistas) hemos de perseguir el hacer madurar la Fe y educar al verdadero discípulo por medio del conocimiento más profundo y sistemático de la persona y del mensaje de Jesucristo. La Iglesia entera debe comprometerse con renovada alegría en la educación de la Fe. El despertar de la Fe y el cultivarla se hace a través del aporte particular y conjugado de los diversos ambientes donde el niño, el joven y el adulto crecen.

"Firmes en la Fe" (Col. 2,7). En este texto podemos encontrar luz para comprender mejor nuestro ser y quehacer. Hemos de sentir el anhelo de algo más elevado que la visión utilitarista que cunde en la actualidad. La escuela junto con la familia debe ser el lugar donde se busca la verdad propia de la persona. Esta alta aspiración es la más hermosa y valiosa que podemos transmitir personal y vitalmente a nuestros jóvenes y no tan jóvenes. En las condiciones inéditas donde se encuentran actualmente las familias, las parroquias, movimientos, los centros escolares, tenemos que emprender juntos los caminos por los cuales la Fe cristiana podrá ser propuesta como una fuerza para vivir. El paisaje socio-religioso ha cambiado y continúa cambiando en

este contexto inestable. La práctica religiosa continúa flaqueando. La religión para algunos ha llegado a ser un asunto del pasado. La Educación en la Fe no es, en primer lugar, una cuestión de reunir recursos; es ante todo una cuestión de descubrir la fuente. En los hogares, a menudo, la fuente parece agotada. En la escuela, el aporte religioso es reducido. Las parroquias, menos frecuentadas, alimentan a una débil proporción del pueblo de los bautizados y muchos creyentes no encuentran respuesta a su hambre. El momento actual nos invita a los itinerarios. El itinerario propone el aprendizaje de la verdad. Hace sitio a la persona, a su autonomía, a su evolución. Pasa de una verdad aprendida, a una verdad experimentada, una verdad consolidada, comprobada con la experiencia que acaba en una convicción personal.

En este tiempo de pluralismo religioso y de elección personal hemos de convencernos de que la Fe se proyecta en primer lugar y ante todo a través del testimonio de vida de las personas creyentes. Es por esto que la Fe se aprende en el modo de la vida de la experiencia compartida, del camino hecho compañía de los hermanos cuya aspiración y fuerza de vivir se inspiran en el Evangelio. Para un gran número de creyentes adultos, la Fe hoy se manifiesta bajo la forma de "trozos de camino", hechos en compañía con otros creyentes que conocen a Jesús o que lo buscan; que lo descubren a ras de sus vidas a partir de los interrogantes del momento, a partir de un texto bíblico, a partir de imprevistos y de los dramas diarios, a partir de las bellezas del mundo.

Es una época en que demasiados jóvenes sufren el mal vivir e incluso sienten el hastío de vivir. La Fe en el Dios de la vida es inseparable de la Fe en la vida, y es Dios quien da pleno sentido a nuestro vivir.

En este tiempo del discurso vacío de contenido, de la "palabra inútil", en algunos centros escolares y en los medios de comunicación, el silencio en algunas familias, los jóvenes se muestran sensibles a los gestos y a los actos. A través de una ayuda concreta aprenden a superarse, descubren la trascendencia, "el sacramento del hermano". "Cada vez que lo hagáis con uno de estos más pequeños que son mis hermanos, a mi me lo hacéis" (Mt. 5,40).

*Hermana Mª Ángeles García Hernando*

# LA FE EN LOS JÓVENES

La juventud es ese periodo comprendido entre la niñez y la edad adulta en el que comenzamos a soñar con lo que queremos ser el día de mañana, fortalecemos nuestra actitud crítica ante las circunstancias de la vida y experimentamos nuevas sensaciones que no habíamos sentido antes.

En esta etapa, la Fe también juega un factor fundamental que debemos tener en cuenta y tratar con profundidad ya que de ella depende el que orientemos nuestra vida hacia el camino que nos acerca a Dios o, por el contrario, decidamos alejarnos del amor que nos ofrece Cristo.

Hoy día es muy difícil tener la valentía para defender nuestras creencias cristianas. Nos bombardean con mensajes ajenos a los ideales de Dios en todo momento y se burlan de nosotros si intentamos defender lo que nos han inculcado desde pequeños y que hoy seguimos compartiendo. No tenemos los recursos suficientes ni la experiencia para dar el paso. La sociedad ha cambiado mucho a lo largo de los años, y esa es la razón por la que continuamente nos cuestionamos nuestras creencias, ya que, a simple vista, pueden parecer anticuadas o que se alejan de la realidad.

En el periodo de la juventud nos inundan las preguntas, nos cuestionamos todo lo que tiene que ver con nuestros pensamientos y creencias:

Señor, ¿seré capaz de ser fiel a la llamada que me haces? ¿Cómo comprometerme si no estoy plenamente seguro? Señor, si es verdad que existes, ¿por qué existe el dolor? ¿Por qué hay hambre en el mundo? ¿Por qué la injusticia forma parte de nuestra vida cotidiana?

Yo quiero tener claro cada paso del camino, dar respuesta desde una Fe razonada, quiero salir de esta confusión en que vivo, quedarme libre para seguirte. Necesito dejar atrás mis miedos y dar paso a mi Fe de joven.

*¿Dónde debemos acudir? ¿En quiénes hallaremos la respuesta?*

En los sacerdotes y catequistas, quienes juegan un papel muy importante en nuestra fe. Son ellos los que nos hablan de la Buena Noticia, nos familiarizan con nuestro amigo Jesús y nos imparten clases de religión.

En nuestra hermandad, el lugar donde nos encontramos con otros niños, jóvenes y adultos con los que compartimos una misma vocación, nos sentimos identificados con la Fe que sienten y eso acrecienta la nuestra.

En nuestros padres, pilar fundamental donde se sostiene la fortaleza de nuestro amor a Dios. Ellos son los que decidieron que teníamos que formar parte de esta gran comunidad, la Iglesia. Hoy debemos darles las gracias ya que con su ejemplo nos han enseñado a amar desde lo más profundo del corazón reflejando los valores cristianos que debemos tener en cuenta para vivir la Fe en plenitud.

Y, por supuesto, debemos acudir a Dios, nuestro Padre:

*Señor, yo sé que me has mirado, has puesto tus ojos en mí.*

La juventud es una etapa maravillosa, donde la alegría y la felicidad permanecen cerca de nosotros y, aunque sigamos sin tener ese grado de madurez que nos permita ser verdaderos adultos, no debemos tener miedo. Éste solo puede alejarnos de la respuesta que buscamos en el gran don que es la Fe.

Quiero decir sí al plan de Dios para los sueños de mi vida.

Aquí me tienes, Señor, para hacer tu voluntad.

*Patricia Muñoz Utrilla y*
*Domingo José Ortiz Fernández*

# LA FE EN LA TERCERA EDAD

En cierta ocasión venía por estas tierras manchegas un director de cine para hacer un reportaje sobre personas de la Mancha actual, que nos recordaran personajes del Quijote. Al acercarse a nuestro pueblo vio a un labrador entrado en años, que araba la tierra con su arado tradicional y su caballería. El director creyó oportuno entrevistarle, haciéndole varias preguntas, al final de la entrevista y fuera de formulario, le hace una pregunta un tanto atrevida: "¿cree usted en Dios?". El labrador sorprendido por la pregunta respondió sin titubear: "si es lo único que me han dejado".

Las personas, que hemos llegado a la tercera edad nos sentimos muchas veces como despojados de lo que antes éramos o teníamos. La sociedad nos ha dado la jubilación de nuestras tareas ordinaria. La vida nos ha empujado a esta etapa, que llamamos tercera edad. Nos sentimos más libres, pero despojados como el labrador expresaba tan acertadamente; pero no nos han podido quitar la Fe en Dios. La vida nos ha vapuleado de muchas formas y hemos tenido que aprender a golpes de fracasos. Somos fruto de mil batallas con sus triunfos y fracasos… Pero hemos salido adelante y hemos llegado a donde estamos con grandes dosis de esperanza, dispuestos a contar nuestras batallitas y nuestras experiencias a quien tenga la paciencia de escucharnos.

Juan Pablo II en su carta a los ancianos decía de sí mismo: "A pesar de las limitaciones que me han sobrevenido con la edad, conservo el gusto de la vida. Doy gracias al Señor por ello. Es hermoso poderse gastar hasta el final por la causa del Reino de Dios. Al mismo tiempo encuentro una gran paz al pensar en el momento en el que el Señor me llame: de vida a vida".

Esta es la Fe del anciano. Cuando todos los apoyos, excepto el del bastón, te fallan, saber que cuentas con un apoyo firme, que no te falla, si es que confías en el de Dios, porque para el cristiano el objeto de la Fe no es una idea, sino una persona, que nos conoce y nos comprende y está siempre dispuesta a escucharnos y perdonarnos. Cuando todo nos falla, Dios manifestado en Jesucristo, el "Hijo amado del Padre", es nuestro apoyo, la roca firme sobre la que estamos seguros. Somos conscientes de que estamos llegando a la última estación y final de nuestro trayecto vital y esperamos gozosos que Él nos espere a la llegada. A María, Madre de Jesús y Madre nuestra le pedimos que "ruegue por nosotros ahora y en lo hora de nuestra muerte". Así vivimos nuestra Fe.

*Vicente Manzaneque Olivares*
*Capellán de la Residencia*
*de Ancianos "Sagrado Corazón"*

# LA FE EN LOS ENFERMOS

Primero fui persona educada en muchos valores positivos y, el más grande de ellos, fue la Fe, esa virtud sobrenatural que dispone a sentir, a creer y a vivir pensando en la eternidad y gozar del Reino de Dios. Crecí y fui madurando desde la Fe con obras, Fe con sacrificio y Fe con humildad teniendo mis caídas.

Me formé y convertí en enfermera especializándome en cuidar a las personas, a veces para curarlas y otras para acompañarlas. Mi verdadera vocación llegó cuando comencé mi andadura con los Cuidados Paliativos, esa parte del cuidar y de la medicina distinta a la que me enseñaron en la Facultad.

Cuidando a las personas que sufren una enfermedad progresiva e incurable procuro dar sentido y consuelo a la última etapa de sus vidas, desde la Fe a algunos y desde el amor pleno a otros, pero viviendo intensamente hasta el último día.

Afrontar la muerte significa enfrentarse al final de esperanzas y proyectos. La tristeza es normal y está justificada, pero debe ser aceptada y compartida. Para el que cree y tiene Fe significa dar un paso hacia adelante, un paso hacia el amor verdadero, sintiendo que su sufrimiento tiene un sentido. Los sacramentos que anuncian el perdón de Dios traen mucha paz en el cierre del ciclo de nuestra vida terrenal.

Siempre enriquece y alimenta el espíritu sentirte útil. Siento la Fe en mis pacientes cuando al estar junto a ellos les escucho, comparto sus vivencias y sentimientos, les aliento en las pequeñas esperanzas del día a día, lloro con ellos o comparto sonrisas y risas también. Todo esto nos ayuda y nos sana de forma recíproca para continuar el camino.

Y creo que esto es la Fe, un regalo de amor, del amor al amor. Más sencillo de lo que pensamos, aunque no sea fácil llegar a ella.

Él nos amo primero y sus Manos, con el estigma de los clavos y el sufrimiento, están siempre abiertas hacia nosotros en actitud de recibir.

*Natalia López-Casero Beltrán*

# LA FE EN LOS NIÑOS DISCAPACITADOS

El Señor me hizo un regalo muy grande: me concedió el don de la Fe. Con ella crecí en mi familia y en mi amada Iglesia Católica.

Durante todos los años de mi vida, el Señor siempre ha estado conmigo, en los momentos buenos y también en los momentos de sufrimiento. Siempre he tenido su luz, su fuerza y su amor. Mi Fe ha permanecido fuerte: confío plenamente en Dios, que es el dueño de mi vida.

Siempre he deseado entregarme a los demás y, hace años, Dios puso en mi camino a los niños y jóvenes discapacitados. Desde entonces cada día es un regalo. Doy gracias a Dios porque en sus rostros, en su debilidad, puedo contemplar a nuestro Señor. Ellos son los que más ama y Él me envía a estar con ellos.

Estos pequeños son muy importantes para mí, porque mi Fe crece cada día, cuando les doy de comer, cuando procuro que no pasen frío, que sean felices y que sus días estén llenos de todo lo que Dios desea para ellos. Es entonces cuando me doy cuenta de que ellos me dan muchísimo amor y que yo no les doy nada. Son ellos los que dan sentido a mi vida.

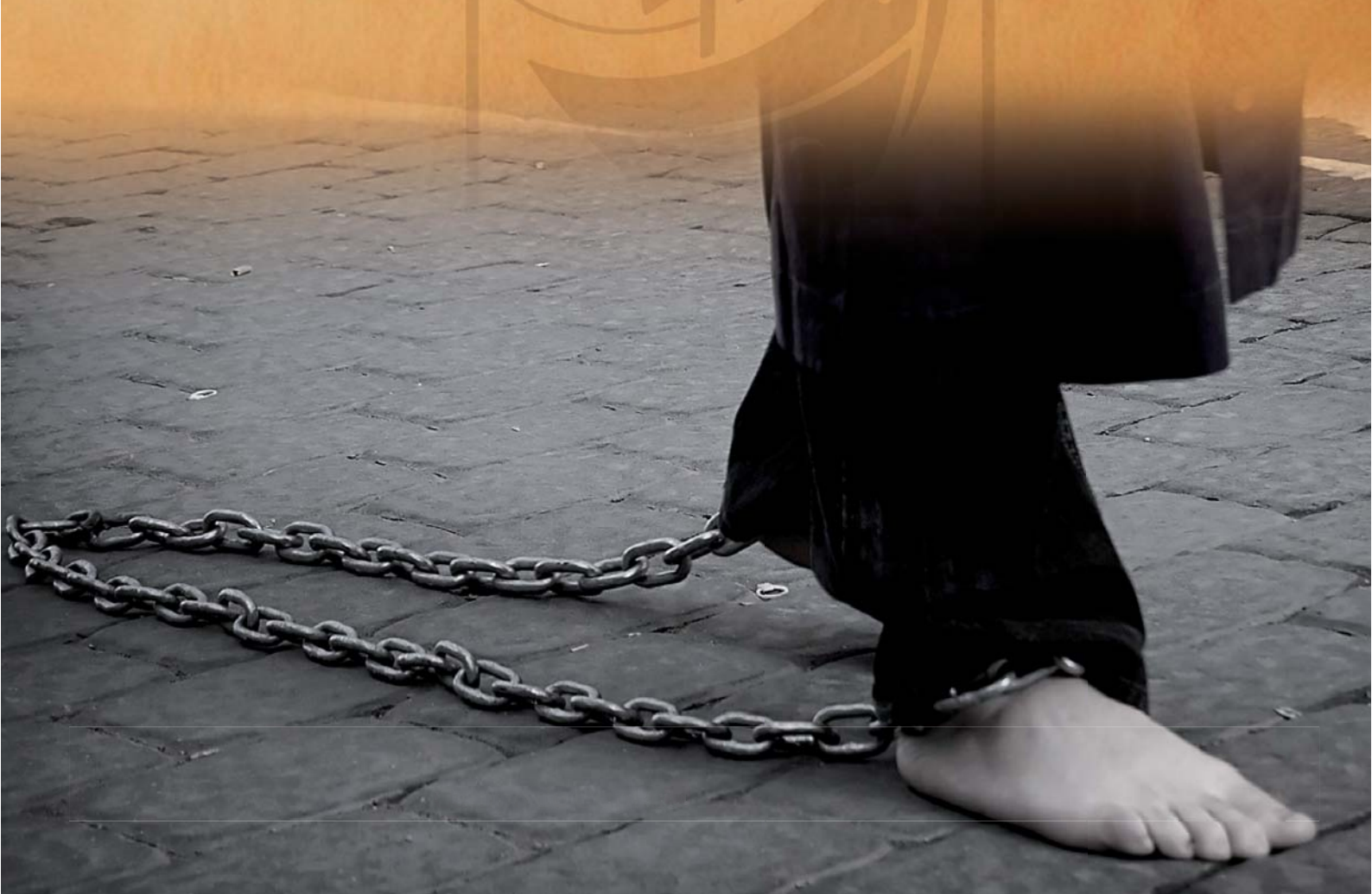
Durante mucho tiempo he pedido al Señor que me hiciera ver lo que quería de mí. Y me dí cuenta que Él ya me lo había concedido. Estos niños me llevan a Dios. Sí, me conducen hacia el Señor y yo me atrevo a pedirle ser sus manos y sus pies para amar y servir a los que más sufren.

Los niños y jóvenes discapacitados tienen una gran misión en esta vida: amar y despertar nuestro amor. Ellos aman a todos los que tenemos la suerte de estar junto a ellos, especialmente sus familias quienes les quieren muchísimo y, con la ayuda de Dios, luchan por hacerles felices. Pero ellos también despiertan nuestro amor: nos hacen volver a lo importante, a mirar el mundo con nuevos ojos de ternura y gratitud, y a valorar el misterio de la vida que se encierra en su modo especial de ser personas.

Termino invitándoos a que pidamos a Cristo ser capaces de verle escondido en ellos y a que aprendamos a amarle en ellos.

"Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis… En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mt 25, 35-36. 40).

*Cristina Esteso Sepúlveda*



# LA FE EN NVESTRA SEMANA SANTA

# DESDE MI OBJETIVO

Mi afición a la fotografía es heredada y el culpable de esa herencia es mi padre. Tengo muchos recuerdos de niña de sus primeras cámaras de carrete y cómo se pasaba las horas muertas pegando sus fotografías en los álbumes de papel.

Gracias a él soy amante de la fotografía y una de mis técnicas favoritas es la del reportaje, donde el fotógrafo muestra su alma y su corazón de una forma muy directa. Las reglas son conseguir contar lo que ves a tu alrededor y cómo sucede. Pero lo más importante es mostrar esos detalles que a veces se nos escapan de nuestra atención y son capaces de mostrarnos los sentimientos más profundos.

Llevo años fotografiando procesiones y es un tema que me apasiona, ya que cada año puedo descubrir algo nuevo que me sorprende. Considero que gracias a situaciones vividas me llevan a una devoción más profunda que me hacen ver más allá a través de mi objetivo.

He hecho grandes amigos entre la gente de las hermandades y he podido disfrutar de instantes a solas con sus pasos e imágenes, he sido capaz de apreciar detalles que en procesión es imposible ver.

He contemplado lágrimas cristalinas llenas de Soledad. Rostros de Jesús que transmiten ese miedo que pudo sentir al ser juzgado en su Sentencia, sin importar a nadie su inocencia. Corazones atravesados por puñales representando el Dolor más grande que una madre puede sufrir: la pérdida de un hijo. La congoja del Nazareno por el peso de la cruz, la nostalgia del Cristo del Amor por saber que el destino está escrito y debe pasar. Una madre llena de Amargura clavando su mirada al cielo, pidiendo con una oración que pase ya este mal augurio. Un Beso que sabe a traición y una Columna que muestra los azotes recibidos. Una expresión de calvario en el momento de la Crucifixión. Una Lanzada que termina con la Expiración. Una mirada de María pidiendo Piedad para ella y para su desesperación al serle entregado el cuerpo de su Hijo frío e inerte.

No me canso de fotografiar a nuestras imágenes. Creo que son una perfecta catequesis para enseñar la Pasión de Cristo.

El año pasado fui penitente cargando una cruz detrás de Ntro. Padre Jesús Nazareno, siendo participe de una nueva sensación. Me di cuenta de toda la gente que ocupa las aceras, de toda esa gente que se emociona al ver a Jesús, cómo se agolpan en filas para ver su caída y, de nuevo, ese silencio y ese respeto que está presente durante muchos momentos de nuestra Semana Santa. Ahora entiendo las miradas llenas de pasión que hay detrás de cada capuz y que tantas veces he fotografiado. Entiendo esas penitencias, esos deseos de que todo salga bien, esas peticiones las entiendo en primera persona.

Me he dado cuenta de que todos estos momentos tenía que capturarlos y guardarlos, pero comprendí que no podía quedármelos para mí, debía compartirlos y mostrar a los ausentes los momentos que se pierden en la distancia, que los anderos se vean portando esos pasos que tanta ilusión les hace, reconocer ese merecido homenaje a toda esa gente de las hermandades por su esfuerzo y dedicación, mostrar esas miradas de nerviosismo por los músicos mientras entonan un solo de trompeta, esos ojos escondidos tras un capuz de penitentes o nazarenos llenos de devoción.

En este momento comprendí que era el sentir de un pueblo, era la emoción y la Fe de cada uno de ellos por engrandecer esta Semana Santa y decidí que yo debería inmortalizar toda esa ilusión y compartirla con vosotros desde mi humilde mirada.

*Ana María Campos Ortiz*

# LA FE EN...

Sueños de niñez, sueños de madurez, sueños cristianos que a la postre se harían realidad"… Qué bonito es soñar, qué bonito. Sincero y a la vez estremecedor…

Los sueños movieron día a día mis emociones y sentimientos, hasta llegar a crear algo inimaginable, crear algo que ni mis propios razonamientos humanos comprendían. Y es aquí donde quería llegar, porque la Fe se acrecienta progresivamente cuando, dejando de lado las emociones banales de los hombres, te sumerges en un estado de amor hacia el Padre, un estado de servicio y lealtad por el cual, en cada momento, te das cuenta del fin por el que viniste a este mundo. Te acercas al rostro de Aquel que, siendo todo, ilumina nuestras vidas, al rostro de Aquel al que debemos nuestra existencia.

Y soñando de niño, y de no tan niño, yo me veía, y me veo, caminando acompasadamente por las calles de mi Campo de Criptana. Caminando con un palo de madera sobre mi hombro. Caminando con el Hijo subido encima de mí, ayudado por la Fe y apoyado sobre ella, como si de una muleta se tratase; mostrando mi querido Evangelio a todo el pueblo que necesita hacerlo suyo, que necesita abrir sus ojos ante la Sagrada Verdad: la verdad de que Jesucristo vivió, sufrió y resucitó por todos nosotros.

Algunos, parándose a pensar en la Semana Santa, se recrean con frases dañinas hacia nosotros los anderos. Frases y palabras que duelen y, a la vez, que no muestran la realidad. Ahora yo les diré lo que es la realidad: la realidad es que, de 365 días que tiene el año, no se pasa ni uno solo sin pensar en el momento de llevarte, mi Señor. La realidad es que estos días se esperan no con los brazos cruzados, sino intentando agradecerte y honrarte con oración, respeto, devoción y obras, todo lo que hiciste por mí. La realidad es que nunca agacharé la cabeza cuando de Ti hablan de mala manera, cuando de Ti o de tu Iglesia se dicen barbaridades sin ningún sentido ni meditación. La realidad es que me da igual si se me ve la cara o no, porque el fin de todo es mostrar a aquellos ojos ciegos quién fuiste, eres y serás. La realidad es que Tú eres el protagonista, no nosotros los anderos. Nosotros somos simples herramientas de Evangelización. La realidad es que si encima de las andas pusieran obras de arte de cualquier escultor que nada tengan que ver contigo, y a su vez fuesen adornadas con flores excepcionales y luces misteriosas, yo, personalmente, no iría debajo del palo porque no hago esto para demostrar mi fuerza ni hacer fiesta y folclore de la procesión. No, esto lo hago por y para Ti. Lo hago para desvanecer el escepticismo de algunos sobre la Sagrada Verdad. Y esto es la realidad, una realidad que por mucho que les pese a algunos, es la realidad de todo un pueblo. Es la realidad de nuestro querido Campo de Criptana. Es la realidad de la Fe de los anderos.

Retomando de nuevo mis sueños, contemplo la imagen del Viernes Santo, y allá por la calle Santa Ana, acompañado de aquellos a los que tanto amo, comienza la procesión. Los nervios se han esfumado. Todo se ha quedado atrás, y la Fe, alimento de nuestras vidas, endurece nuestros frágiles cuerpos para lograr portarte como Tú solo te mereces. Y orando vas, vas entregado por el que un día llamaste amigo. Y en tu Prendimiento las maniatadas manos se dirigen al Padre suplicando el perdón por toda la Humanidad. Y cuando el frescor de la mañana comienza a desvanecerse, ya estás siendo sentenciado ante Pilato, y posteriormente azotado hasta la extenuación en la plaza del Calvario. Pero nosotros somos fieles anderos. Te acompañamos y ayudamos a soportar esos golpes con nuestro esfuerzo de una manera similar a como lo hicieron el Discípulo Amado y la Virgen Dolorosa.

# ...LOS ANDEROS

…El sueño se ha parado, pero no tarda en conciliarse de nuevo. Y te contemplo sobre mi hombro en el Pozo Hondo. Arrodillado te encuentras, arrodillado y morado de dolor. Y de repente, entre la gente se hace hueco la Santa Mujer Verónica limpiándote el rostro por enésima vez. Pues bien, los anderos, a modo de imitación sacamos nuestros pañuelos del bolsillo y, limpiándote tu Santa Faz serena, te acompañamos hasta tu muerte. Y subimos la Torrecilla y ya no podemos más. Pero es ahora el momento en el que sacamos fuerzas de flaqueza como Tú nos enseñaste y, de tu mano, caminamos la empinada cuesta camino del Calvario.

Este sueño se repite durante todo mi año. Es un sueño del que jamás me gustaría despertar. Es un sueño que se cumple cada 365 días. Y contradiciendo la famosa frase de "la vida es sueño y los sueños, sueños son" de Pedro Calderón de la Barca en su obra *La vida es sueño*, quizás deberíamos decir: "y los sueños realidad son".

*Eduardo Monedero Alberca*

En primer lugar, quisiera decir que es un gran honor para mí poder escribir en el programa de Semana Santa de este año, haciendo así realidad uno de mis sueños desde niño, contando un poco mi experiencia interior, realizando una de las cosas que más me gusta hacer en mi vida, ser andero.

Son muchos años ya procesionando imágenes en Semana Santa, concretamente desde 1994: La Oración, El Prendimiento, La Sentencia, La Dolorosa, La Crucifixión…el tiempo pasa y la fuerza, la resistencia, el cuerpo en general, se va deteriorando con el paso de los años, pero lo que no cambia es la Fe que se tiene cuando se hace lo que más te llena espiritualmente.

Cuando se acercan los instantes previos a la procesión, cuando te pones la faja y la túnica, cuando te colocas en tu anda para rezar junto a tus compañeros una oración pidiendo para que todo salga bien, todos los nervios acumulados en esos momentos desaparecen cuando te cargas la imagen y ya sientes que, aunque sea a través de un trozo de madera, te sientes unido a Jesús, como se sintió aquel hombre que le ayudaba a llevar el peso de la cruz intentando llevarlo en volandas hacia su muerte, aliviándole lo máximo posible el dolor y el sufrimiento que padeció para poder completar la voluntad de Dios.

Según va transcurriendo la procesión, el cansancio va haciendo mella en el andero, hasta el punto en que te dan ganas, algunas veces, de quitarte del anda porque ya no puedes más, teniendo que poner horquillas para descansar. Es en esos momentos cuando te das cuenta de lo que llevas sobre tus hombros, cuando miras hacia arriba y lo ves a Él soportar tanto dolor y sufrimiento en el momento de la Pasión que representa el paso de misterio, o a su Madre, rota de dolor por ver a su Hijo soportar la mayor injusticia de la historia, y te estremeces por dentro haciendo una profunda reflexión de todo. Y cuando continúas con la procesión, sin saber cómo, hay algo que te alivia el dolor y el cansancio para poder llegar hasta el final, y te das cuenta de verdad que teniendo Fe en Él eres capaz de cualquier cosa, porque sabes que, aunque no lo veamos, Él siempre estará con nosotros.

*José Ramón de la Guía Ortiz*

# LA FE DE UN MÚSICO

La música es un arte capaz de convertirse en sentimiento y de expresar todo mediante una melodía sustentada de armonía. Fluye como un sentimiento profundo, al igual que la sangre fluye por nuestras venas. Siempre está dentro de nosotros. Nuestros corazones al nacer laten, hacen ritmos aunque no nos fijemos. El ritmo ya es música.

La música hace que encontremos el sentido a muchas cosas. En mi caso, la música es todo lo que me rodea.

En mi corta experiencia como compositor de marchas, a la hora de crear una obra buscamos un significado, una inspiración para escribirla. La advocación de una imagen determina cómo se impregna el sentimiento que dicho paso nos inspira, proporcionándonos una idea, sugerencia o estímulo musical. Convertir ese conjunto de notas, añadir distintos ritmos, incluso esos grandes y respetuosos momentos de "los silencios", hacen que el paso y la música se complementen. El sonido deja de ser música y pasa a ser parte de la catequesis andante.

Simplemente con el percutir del primer tambor, el estruendo de la calle se queda en silencio. La multitud de miradas se centran en un solo punto. El peso de esa imagen es llevado por el ritmo de las baquetas y se transforma en un momento donde nuestros sentimientos proliferan, como la emoción que yo siento al oírlo. La música no es solo un ritmo, una melodía, una armonía. Es la transmisión de los sentimientos.

Recuerdo que un Viernes Santo por la tarde estaba tocando con la Filarmónica Beethoven, acompañando a la imagen de Jesús yacente en su Santo Sepulcro. Interpretábamos una marcha fúnebre de Ricardo Dorado, "Getsemaní", justo a las puertas de la ermita de la Madre de Dios, ya pasada la medianoche. Y el cielo comenzó a llorar, reviviendo lo que ocurrió hace dos mil años tras expirar Cristo: "Llegada la hora sexta, hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora nona" (Mc 15, 33), y "entonces el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo" (Mc 15, 38).

El agua caía impactando en mis ojos. Me costaba abrirlos, incluso se llegaron a confundir con lágrimas en ese momento. Volví a mirar al cielo y, de repente, el tiempo se paralizó: todo se rodaba a cámara lenta, confundiendo el ritmo del tambor con el de mi corazón. El sonido de los metales me calaba los huesos y su lamento me hizo estremecer. No quería que acabara este momento. Las emociones y sentimientos que afloraron en mí fueron lo más hermoso que me ha ocurrido en el mundo de la música: ver cómo mi propio cuerpo se emociona al ver caer las lágrimas del cielo al son de la música.

Esto también es música…

*Diego Muñoz Boluda*

# LA FE EN EL ARTE

Juan Pablo II en una carta a los artistas decía: "la Fe tiene necesidad de arte".

El arte para un cristiano es una invitación a la esperanza, es fuente de alegría que se fundamenta en una base sólida que es Cristo. El arte cristiano, al servicio de la Iglesia, ha sido durante siglos capaz de anunciar a Cristo y alabar a Dios. A través del arte la Iglesia hace accesible el mensaje de Cristo a todos los pueblos. El arte es un camino de expresión y comunicación de la fe a lo largo del tiempo. Podríamos decir que es una auténtica catequesis, una predicación sin palabras.

Las hermandades pasionarias tienen una riquísima tradición de imágenes al servicio de la transmisión de la fe, y como parte de esta catequesis deben acercarnos al mensaje de Cristo. Y son las personas que componen una hermandad las encargadas de catequizar mediante las imágenes (entre otras cosas), utilizando el arte que poseen y poniéndolo al servicio de los demás.

La fe tallada en madera o hecha escultura no son piezas calladas de un ayer, siguen siendo palabra viva en el momento presente. El artista tiene que traspasar la superficialidad para representar lo cautivador que se esconde en la fe. En esta evangelización, desde el punto de vista artístico, las hermandades continúan la labor que el artista comienza al realizar una imagen. El artista cristiano debe hacer la opción radical de poner a Cristo como único Señor, y nosotros al cuidar y custodiar esa imagen, debemos seguir poniendo a Cristo como único Señor.

Las imágenes ya no están guardadas en una hornacina durante todo el año con la misma túnica y desempolvándola únicamente al llegar la Semana Grande. Desde hace tiempo, las hermandades trabajan para que sus imágenes estén en perfecto estado cuidándolas con mimo, restaurándolas cuando es necesario resaltar el rasgo perdido por el tiempo o lograr otro que no existía, o adquiriendo nuevas cuando es posible. Se celebran las efemérides y las imágenes cobran protagonismo al adquirir un sitio preferente y una vestimenta acorde con la fiesta a celebrar.

En este afán por mejorar y cuidar nuestras imágenes toman especial atención las imágenes marianas. María, en todas sus advocaciones, llega muy dentro de nuestros corazones. La contemplamos en el dolor del Calvario, al pie de la cruz y ante esta dura prueba ella mantiene intacta su fe. Antiguamente las imágenes vestían de riguroso luto, y el tocado se reducía a un rostrillo que se anudaba bajo el cuello, como si fuera un pañuelo. A mediados del siglo XIX desaparece el luto, y colores como el morado, verde, granate o azul empiezan a verse en sayas y mantos. Y no es hasta principios del siglo XX cuando surge la idea de cambiar las imágenes de color y de manto según la festividad religiosa del año. Seducidos por esta tradición, y cada vez más conocedores de las costumbres de otras ciudades, nuestras "vírgenes" desde hace relativamente poco, van adquiriendo estas normas y adoptan los cambios de ropas acordes al tiempo litúrgico. En Cuaresma se las viste de hebreas; por Resurrección y hasta Pentecostés de blanco; de rojo para la solemnidad del Corpus Christi; de celeste en la Inmaculada; de negro en noviembre; y el resto del año con sus colores habituales, quedando las ropas de reina exclusivamente para la salida procesional. Todo ello hace que María adquiera una belleza especial, una belleza que a nadie deja indiferente.

La belleza de las cosas visibles, de las cosas creadas, nos conduce a las invisibles y a través de los ojos se puede llegar al alma. El Cardenal Poupart (Prefecto para la Congregación Cultural en la Curia Romana) dice: "la belleza es necesaria para anunciar el Evangelio". La conversión es siempre obra del Espíritu Santo que se sirve de tantos medios que nadie pudiera haberse imaginado. Dejar sin palabras a alguien cuando admira, cuando contempla, es importante para hacer surgir un pensamiento, una palabra. La belleza nos deja sin palabras para, tras el silencio, devolvernos la propia palabra. Entonces podemos iniciar el diálogo verdadero con Dios.

Aprovechemos sabiamente nuestro patrimonio, pongámoslo desinteresadamente al servicio de los demás, demos a conocer humildemente a Cristo, el único Señor y hagamos con nuestras imágenes, con riguroso cuidado y respeto, la auténtica catequesis que todos necesitamos para vivir y acrecentar nuestra fe.

*José Ortega Gallego*

# ROSARIO DE PENITENCIA